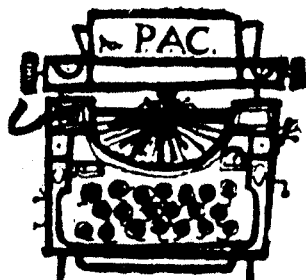


Escrito a máquina

CARTA A UN PESIMISTA



F. L. me escribe una carta privada (privada hasta de esperanza) que parece resumir toda la frustración ambiental agravada por el trauma del terremoto. En una sola frase, lo que me dice es que Nicaragua está perdida. Y me pregunta: ¿Para qué escribes? — Para rematar, agrega: “No hay tal que el dolor redima. De la hecatombe hemos pasado al total desenfreno.

Permitime que te diga, no sólo he perdido toda fe en “tu” nicaragüense, sino hasta en el mismo hombre, pobre animal destinado al engaño y a la muerte”.

Más negro no puede escribir una pluma.

Sin embargo, querido y agobiado amigo, “el saber que muero es la prueba de que no muero”, decía un poeta. El animal no sabe que muere. El animal no ve pasar el tiempo. Pero el hombre, que pasa por un desarrollo, que cambia, que tiene historia, posee un “algo” que permanece, un “algo” que “ve” pasar el tiempo, que “se” ve a sí mismo vivir y morir. Un “algo” constitutivo del hombre pero que parece estar fuera del hombre, una especie de “doble” que no sólo se objetiva a sí mismo, sino que le reprocha ciertos actos a su propio yo como si fuera otro yo.

“El hombre es un ser que vive por su CON-SCIENTIA, —dice van der Leeuw—. Los animales viven directamente, el hombre indirectamente, a través de algo extrahumano. La existencia humana es ex-céntrica. El hombre se ve a sí mismo, se oye, se observa. El “él” es su concedor, el ego que ve su otro ego”.

Sin embargo, el hombre puede (por el misterio de la perversidad) atrofiar ese “yo” vigilante y con-sciente que le da capacidad de ser hombre, de humanizarse cada vez más. El hombre puede cegar el ojo a ese “otro yo” que le indica el camino de su logro y de su superación. Y entre más atrofiemos ese “algo”, entre más ensuciamos esa consciencia más nos acercamos al animal.

Cuando el yo de la consciencia ya no acicatea al hombre; cuando el hombre, de tanto rechazar lo que le hace hombre, entume o paraliza a ese “yo” que lo levanta ¿quién detiene el tremendo peso del animal que tira hacia abajo?

Cristo preguntaba: “¿De qué le vale al hombre ganar todo el mundo, si pierde su “nefesh”, que en hebreo significa “lo esencial del hombre”? ¿De qué le sirve a un pájaro —pudiéramos decir— poseer todos los graneros del mundo si pierde sus alas?

Por eso, mientras exista “nefesh”, hay salvación. Mientras existan alas, hay pájaro.

Traslademos estos conceptos al plano social. También la sociedad tiene una consciencia colectiva, un “nefesh” comunal q’ la hace sociedad “humana” y no rebaño, pueblo y no manada, hombres y no lobos. Esa consciencia colectiva —ese “nosotros” con capacidad moral de “verse” tal cual es, de denunciarse, de corregirse a sí misma— puede irse atrofiando por la opresión, por el cinismo, por el absolutismo del poder —pero, mientras la sociedad “vea”, mientras conserve su capacidad de no cegarse

y de llamar mal al mal y bien al bien, su consciencia está viva y tiene posibilidad de salvarse. A pesar de su hondo pesimismo tu carta tiene una virtud: te anonada el mal. No te bebes el veneno creyéndolo un vaso de buen vino.

Pues bien: aquí respondo tu pregunta. ¿Para qué escribo? — Para lo mismo que tú. Para que nos “veamos” perdidos (lo grave sería que nos creyéramos salvados) y así nos impulsemos hacia arriba. Para que el pájaro se dé cuenta de que lo que le están cortando son sus alas.

Pero hay una frase en tu carta que es, según creo, la verdadera causa de tu pesimismo: “No hay tal que el dolor redima”, me dices. Es esa frustración y desengaño en lo más profundamente humano que puede tener el hombre, que es su sufrimiento, lo que te ha llevado a perder la fe en tu pueblo y en el hombre mismo. Sin embargo, si profundizas en ti mismo y en tu desesperación ¿no será más bien que lo que has perdido no es la fe sino la paciencia?

Pero si has soportado el proceso de descomposición —que ha sido largo— no te desesperes ahora cuando el proceso presenta los rasgos típicos de una disolución final. Lee la historia, especialízate en los finales de los periodos oscuros y cobrarás ánimos. Con el ánimo tu ojo se despejará y podrá distinguir dentro o paralelo al proceso de descomposición, el proceso contrario. El terremoto ha acentuado, como tú dices, el desenfreno, pero también ha hecho brotar una consciencia nueva que va abriéndose paso. En el dolor que compartimos está el germen —que va creciendo— de la solidaridad que tiene que redimirnos. Pon tu parte en ella.

A este propósito recuerdo una página de Tito Livio sobre el final de la monarquía romana. Tarquino el Soberbio envió a sus dos hijos a hacer una consulta política al oráculo de Delfos. Los acompañaba su primo Lucio Junio Bruto. Este Junio se había hecho pasar por tonto, e incluso aceptado el sobrenombre burlesco de Bruto, para poder sobrevivir junto al sanguinario rey Tarquino. Llegados al santuario de Delfos se les ocurrió a los tres jóvenes preguntar cuál de ellos sería el que gobernaría a los romanos. De lo más profundo de la caverna del santuario oyeron estas palabras: “Ejercerá el poder de Roma, aquél de vosotros que sea el primero en dar un beso a su madre”. Los dos Tarquinos volaron prestos en busca de su madre, pero Junio Bruto, interpretando de otro modo las palabras de la Pitonisa, hizo como que se resbalaba y al caer besó la tierra porque entendió que esa era la madre común de los mortales.

Vueltos a Roma, después de un último abuso de Tarquino el Soberbio que sublevó al pueblo, fue Lucio Junio Bruto el caudillo de la liberación que terminó con la monarquía e instaló la República.

El mito es profundo y aleccionador como toda la historia de Roma. Roma no se da al que besa la mejilla del poder, sino al que besa la tierra. El libertador brota del caído. La libertad brota del sufrimiento que —al agobiarnos— nos hace besar la tierra patria y descubrir en ese beso la solidaridad humana.

Tu amigo,

PABLO ANTONIO CUADRA.